



DON JACINTO

Semanario imparcial batallador
que no admite billetes de favor.

Oficinas: Cedaceros, 10.

EL MANTEO DE SANCHO NIEMBRO POR LOS TOREROS



«...y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo, y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, co-
menzaron á levantarle en alto y á holgarse con él como con perro en carnestolendas». (Cap. xvii de Don Quijote.)

EN SERIO

CARTA ABIERTA

Al Excmo. Sr. Marqués de Ibarra, Presidente de la Diputación provincial.

Permitanos, Excmo. Sr. Marqués de Ibarra, que le dirigamos esta carta abierta, sobre la que suplicamos su preferente atención:

DON JACINTO, el popular y festivo semanario ilustrado, desecha el tono humorístico y se dirige a usted seriamente, como cumple a un caballero tan noble y bien visto, por su cuna y por sus hechos, que ha llegado a la Presidencia de la Corporación provincial para honrarse con tal distinción, y más que para honrarse, para honrarla.

Seguramente que ni tiempo ha tenido para conocer a fondo los asuntos de la casa, y menos los que se refieren a la sección de Beneficencia, y son afectos al Hospital provincial, y por lo tanto a su finca, que es la plaza de toros de Madrid, aunque algo y aun algo, con su canto de sirena le haya podido decir en este ó en otro sentido el ex ministro Sr. Suárez Inclán, que a no dudar, si se refería a ciertos intereses particulares, hablaba por boca de ganso, como vulgarmente se dice.

Elo es que jamás los asuntos estos anduvieron de tan desastrosa manera, ni fueron de tanto dominio público, lo cual prueba que el desbarajuste es tan enorme, que no cabe en el mal llamado Palacio provincial.

Usted, excelentísimo señor, no desconoce que el Hospital es el dueño de la plaza, y que ésta es su mejor fuente de riqueza, y que la plaza, la fuente y la riqueza están en manos de un insolvente, tabajero padre y muy señor nuestro y antiguo tasquero de la villa. Pero lo que seguramente no sabrá, pues no ha tenido tiempo para ello, respetabilísimo señor, es que hasta el día 6 del actual, el titulado empresario debía a la Diputación, por arriendo, 140.000 pesetas, y 140.000 son muchas pesetas para un insolvente que, además de insolvente, no ha firmado la escritura para la prórroga de arriendo por cinco años que se le concedió, y ha eludido la entrega del resguardo de la fianza necesaria, como exigua garantía, y la cual no ha podido ser incautada como medida preventiva.

Y quien elude tal compromiso, y se abstiene de firmar la escritura, y deja los plazos correr hasta que llega a la bonita y redonda cantidad de 140.000 pesetas, y va siempre amparado con el manto de la insolventia, no puede permanecer así ni un momento más, no sólo para garantizar a la opinión, sino también para eludir la grave responsabilidad en que usted pudiera incurrir como presidente de esa Corporación.

Como el que legalmente, y atendido al espíritu de la ley, nada pone suyo, podrá D. Pedro dormir en el sueño de los justos, y nada diríamos, si este señor tuviera en arriendo un edificio particular, que allá se las entendieran alquilador y propietario. Pero, como esto no es así; como la plaza es del Hospital, y el Hospital es de la provincia, tenemos que defender al pueblo, y con él la cama a que tenemos derecho en aquel asilo para restablecer en el cuerpo la salud; y lo nuestro, aunque modesto, no puede estar en manos del primer insolvente que pase por la calle, aunque se llame Perico, y sea tabajero padre.

Asómese, señor, a las negras profundidades de este asunto, y verá que los empleados de la casa no han cobrado todavía la anterior mensualidad, ni saben cuando se la abonarán, y verá también, y esto es lo más lastimoso, que en el Hospital, al cual le deben más de 140.000 pesetas, hayan tenido que suprimir camas por falta, no de enfermos, sino de recursos, y del propio modo se enterará de que el empresario, del cuantioso abono recogido en estas corridas, ha entregado como despreciable limosna a la Diputación, la cantidad de 15.000 pesetas.

Muchas cosas hemos de contarle más, señor Marqués, y sobre las cuales pondrá su mano y hará justicia, pues resultaba risible que un subalterno de usted, el depositario, admitiera el pago al empresario por plazos como las máquinas de Singer. Y como esto hay que darlo por dosis, quedase aquí esta primera de cambio, y perdonenos que hayamos molestado su atención.

Y hasta la próxima.



«Todo se ha perdido menos el honor», dirá compungido cierto matador.

—Y de Fuentes, ¿qué? —Pues lo mismo que de Lagartijo... —¿No decían que si esto ó lo otro...? —¿Ya vienes con el estribillo del pasado día?

—Hombre, yo creo que Fuentes, ó el cojo de La Coronela, como por ahí le denominan, bien merece la atención de un pequeño recorrido kilométrico.

—¡Sí; buena está la Magdalena para tafetanes, y bueno está el hombre para monsergas y sermoneos!

—¿Pero tan condolido y apesadumbrado se encuentra el buenazo del cojo?

—¡Anda! ¡Sólo le faltaba otro articulo de Sobaquillo, como aquel tan famoso que le quitó el hipo al fenecido diestro Angel Pastor!

—¿Pero no eran los toros de Pérez, del terrible Pérez, tan de suyo, difícilísimos?

—Sí; pero difícilísima es la situación actual del rollo y rozagante charcutero en el asunto de la Plaza, y ya verás como no le echan el toro al corral.

—Eso será por la complacencia de los diputados, pues ya tenía el hombre los dos avisos y las mulillas en el ruedo!

—Bueno; pero de Fuentes, ¿qué?

—¿De Fuentes de la elegancia, como le decía amorosamente el marqués de Premio Real?

—Sí.

—Que a estas fechas estará contrito y arrepentido de sus desaires a los aficionados y a la prensa, cuando dejó de asistir al mitin y a la corrida de la Asociación, por recelo a Minuto, y no se dignó contestar a los telegramas que mandó la Junta y pagó Niembro, y se plantó en Valencia primero, y después en Alicante, y hubiera seguido toreando, con ó sin descanso.

—¿Contrito él, tan soberbio y tan gallardo? ¿él, tan endiosado y tan reyezuelo dentro de su republicanismo? ¿él, tan engreído y tan pagado de sí mismo? ¿él, que compra los tabacos por miles de pesetas...?

—¿Como Quinto?

—No; porque Quinto los pide de esos que aparenten mucho y valgan poco. Pero sigamos con el ilustre cojo, pues no comprendo cómo se halla tan apurado cuando aquí, en esta plaza, se le han ido al corral toros más chicos y menos difíciles.

—Sí; pero entonces, cuando el público le abucheaba, él, que entonces no era ni cojo ni cacique, después de sus desdichadas faenas, cruzaba el anillo con el continente altivo, andando con garbo, y como si quisiera decir al irritado auditorio: «¡Cómo ha de ser! Otra vez lo haré mejor».

—Prueba de que tenía confianza en sí mismo:

—Eso es.

—Y si la confianza sigue, puede volver el hombre por sus glorias y por su desquite.

—Ahí está el secreto y la comedia.

—¿La comedia?

—La comedia eterna que ponen en acción estos toreadores, con corridas preparadas y arregladas al efecto. ¿No te fijaste el otro día cuando el cojo se retiraba al estribo?

—¡Ya lo creo! Como que estaba más negro que un Cristo viejo.

—¿No le viste llorar, como hacía Gallito padre?

—Es verdad.

—¿Y no viste cuando se le acercó Patatero, el único héroe de la tarde, para consolarle, como si quisiera decirle aquello de Boabdil el Chico, al despedirse de Granada?

¡Llora como mujer, ya que no has sabido matar como un hombre!

—Y eso, ¿qué quería decir?

—Quiere decir, que si antes tenía la confianza de sí mismo, ahora no le quedaba más que el triste poder de la impotencia.

—Bueno; pero por la noche, pasado el mal rato, y al calor de las lisonjeras frases de aristocráticos amigos, volvería el cojo a ser el atildado spormant de los mejores perfumes; el anfitrión que rocía los filetes con champagne, y el mejor parroquiano de la Tabacalera.

—¡Para eso, para tabacos, champagnes y perfumes, estaba el hombre!

—¿Pero no le esperaban los amigos en su domicilio, pues para estas eminencias nunca faltan oficiosos que les llenan la cabeza de humo y les hacen ver todo lo contrario de la realidad?

—¡Ya lo creo! Pero en esta ocasión, el cojo, por primera vez en su vida, comenzó a ver clara la situación, y pretextando cualquier cosa salió del hotel y se dirigió...

—¿A otra fonda? —Casi casi; se fué solito a casa de Cantares.

—¿Al número tres de la Puerta del Sol? —Sí; y al piso tercero, donde modestamente se hospeda su cuadrilla.

—Al fin, la cuadrilla es la que paga siempre, por fias y por nefas, los vidrios rotos.

—Y allí cenó el cocidito a la andaluza de doña Enriqueta, con mucho caldo, y alternando con el puntillero, quien sólo quiso alternar siempre con marqueses y condeses.

—¿Y de allí?...

—Pues de allí, modestamente también, y en coche con su cuadrilla, al tren, escapadito, sin ver ni a Perico Niembro si quiera.

—¡Soberbia lección!

—¿Quién sabe si con ella regeneramos al cojo y lo convertimos en torero popular, de más simpatías y más sanas amistades!

—¡Hombre, hoy las tiene, y buenas!

—Sí; pero esos no pueden salvarle de ninguna catástrofe como la del martes; porque sus empingorotados y aristocráticos amigos, si aplauden, lo hacen tímidamente, sin ruido, y no pueden, por el que dirán, oponerse a la avalancha popular.

—¿Por eso la bronca resultó unánime el otro día?

—Por eso, precisamente.

—Pero ya vendrá el desquite, y le aplaudirán los mismos que le silbaron.

—¿Quién sabe; pues puede prepararse con inocentes Saltillos, nobles Veraguas ó escogidos ibarreños!

—Yo creo que la capa debe buscarse donde se ha perdido, y si con Pérez fué el fracaso, con la Concha debe ser el desquite.

—Eso creo yo!

—Y tal vez Perico Niembro...

—El charcutero no sabe ya lo que quiere ni lo que se pesca, pues con estos lances, y tal como se ponen las cosas, ve el negocio de la plaza tan en peligro como el cojo La Coronela.

—Pero, ¿no es suya?

—En parte, tan suya como la plaza de Perico, aunque ambos sigan disfrutándolos.

—¿De manera que la situación de Fuentes es difícil?

—Difícilísima!

—Y hasta que no venga el desquite, su papel está...

—Como su escritura. En blanco.

EL AMIGO FRITZ

En la redacción

Así se titula un elegante tomo, primera parte de una trilogía que se propone publicar el castizo escritor Pascual Millán. En la redacción se coleccionan muy sabrosos y amenos artículos: historias, retratos, sucesos, anécdotas, todo un pasado bullicioso, todo un vivir de tiempos mejores. Por la prosa cuidada y jugosa de Pascual Millán resurgen grandes figuras del toreo, aventuras galantes, cuanto se fué de nuestra ya desmedrada fiesta nacional, y que la retina del cronista de Sol y Sombra supo retener felizmente para solaz y recreo de sus lectores.

Las dimensiones, harto pequeñas, y sobre todo en esta ocasión, de este periódico, nos impiden, como fuera nuestro deseo, dar mayor amplitud a esta noticia bibliográfica; pero por otra parte, mucho más electante que lo que aquí digamos, es reproducir uno de los artículos del libro.

«Entusiasmo y bofetadas»

Allá por los años del 66 al 68, cuando había toreros y no toreadores, y el público, en su mayoría, estaba compuesto de personas inteligentes y no de horteras vocingleros, la competencia entre el Tato y el Gordito traía a mal traer a la afición madrileña.

Había que ser necesariamente *tatista* ó *gordista*, so pena de formar en el montón de *esaboritos*, de aquellos que iban a los toros porque sí y presenciaban la fiesta con el estúpido indiferentismo del que ve jugar una partida de dominó a personas que no le interesan.

Por aquel entonces, la calle de la Aduana, en días de toros, adquiría una extraordinaria animación, porque allí solían tener su alojamiento, cuando toreaban en la corte, los dos Antonios rivales: el Tato y el Gordito.

Una hora antes de la señalada para la corrida, acudían los picadores a casa de sus respectivos maestros, dejaban los jamelgos al cuidado de un *mono*, y empezaban a salir a las puertas de sus establecimientos los mercachifles, y a los balcones las parroquianas de aquellos futuros Paraísos.

Allí se veía a Pepa la tabernera, una mujer que *quitaba el sentío* y por la que estaban *chalaos* todos los vecinos del barrio, sin distinción de edades y jerarquías.

¡Cuántas veces —yo entonces un chicuelo— sorprendí a más de un *páter* de los muchos que visitaban al maestro Aspa (excelente compositor de música religiosa fincado en la misma calle) dirigiendo a la tabernera miradas incendiarias, de esas que parecen decir: «¡Ay hija, si tú quisieras, me perdía contigo!»

La tabernera en cuestión no era *tatista* ni *gordista*; salía a la puerta de su tienda, un poco por curiosidad, un mucho porque la admirasen, y algo por presenciar las trifulcas de Blasa la cacharrera y el señor Roque, zapatero remendón, que tenía su «taller» en un portal frente a la cacharrería.

La Blasa era partidaria acérrima de Antonio Sánchez, y el señor Roque adoraba al Gordito.

Ambos contendientes animaban la calle con diálogos por el estilo:

—Oiga ustez, maestro, ¿a cómo le paga su mataor los remiendos de las zapatillas?

—Eso de remendar se queda pal otro: el mío las usa siempre nuevas.

—¡Usaban! Si no gana pa suelas, ¿no vusté que pára menos que una ardilla y pesa mucho?

—¿Lo sabusté por experiencia?

—No; me lo ha dicho esa rubia achocolatá que le trae a usted tan guapo.

—Pues ya quisía tener mi cara ese torero mariquita, que parece un Niño de la Bola teñío.

—Pa bola el de ustez, que ni que lo hubian inflao con humo de paja como a los globos. Ahí viene el Cirineo (1). ¡Claro! Como no pué matar solo, necesita un judío que le ayude.

—Y a ustez no la vendría mal algún cristiano que la enseñara educación, so deslenguá.

—¡Ay, qué risa! No se atufe usted, señor conde de la lezna, que va a pillar un tabardillo y se pué quedar ese monstruo del toreo sin su único abogado.

—El único en mi casa, porque soy solo.

—¡Qué lástima! Debería ustez tener una docena de críos pa que ayudasen al Gordito a vestirse y que luego cogiese ca uno un cacho de vestido en la plaza cuando le desnuda el toro. Había que hacer pa tós.

—¿Quiusté llegarse a la Puerta del Sol a ver si estoy yo allí por casualidad?

—No, señor; porque me han dicho que estaba ustez ahora en la mesa de noche del Gordito.

—Si no fuera ustez una *señora* le tiraba este banquillo a la cabeza.

—¡Por Dios! no le estropee ustez, que le hará falta a su mataor para dar el quiebro, porque como lo practica siempre que está mal con el estoque, y entadía no ha quedado bien una tarde, se van a concluir las sillas en los almacenes y tendrá que echar mano de eso.

Y se interrumpía el diálogo—para seguirlo más tarde—cuando algunos de aquellos ciegos, que improvisaban coplas a porriello, cantaba a los matadores.

Los ciegos no tenían partido; iban a su negocio y jaleaban por igual a los dos rivales.

Generalmente, la copla que rompía plaza era la de rúbrica:

«Viva el sol, viva la luna,
viva la Virgen del Carmen,
y viva todo el que tiene
el corazón agradable.»

A la que seguían otras de este jaez:

«Permita Dios de los cielos
y la Virgen soberana,
que a don Antonio en su vida
le peguen una cornada.»

Como se ve, la copla servía para los dos matadores.

Ocurrió cierta tarde que el Cirineo, por encargo del Gordito, echó un duro al ciego improvisador, y quiso la buena suerte del poeta que el Tato, en mangas de camisa y ya con la faja y taleguilla puestas, saliera al balcón, oyese una de las coplas y se arrancase a premiarla con una moneda de a cinco duros.

Entonces se armó en la calle un tiberio de padre y muy señor mío. La cacharrera, entusiasmada con la generosidad de su mataor, se las lió con el zapatero y le puso como digan dueñas.

El hombre, que aunque tenía buen vino y muchos aguentes había pisado aquel día mala yerba, dió a la *tatista* dos bofetadas de cuello vuelto.

Cayó la mujer al suelo, salieron las vecinas a socorrerla, vinieron los guiris, y mientras los toreros montaban en el coche, los dos combatientes daban con sus cuerpos en la prevención.

(1) Banderillero que fué de la cuadrilla del Gordito.

QUIJOTADAS

(Epitafios, epitalamios y epitetos.)

Del cachidiablo ex-consejero de la charcuterie en su insula sevillana.

Aquí se halla el consejero,
bien molido y mal andante
por uno y otro sendero
cuando fué representante.
Nadie ya se ocupa de él
por malandrín y fulero.
Fué el escudero más fiel
que vió trato de escudero.

Del burlador tasquero y charcuterresco.

Aqueste Panza es de cerebro chico,
pero grande en valor, ¡milagro extraño!
Charcutero el más simple y sin engaño
que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser conde no estriba en un tantico,
si no le protegen en su daño
los suárez más inclinados del taño
siglo, y en ayuda del mejor perico.
Sobre él anduvo siempre impertinente
este gran charcutero en el descanso,
sin poner de su parte gran empeño.
¡Oh vanas esperanzas de la gente,
que al fiero le trocáis en puro manso,
y al más osado lo admitís por dueño.

Si comentarios, comento.

Que al blanco de la ganancia
dice con poca elocuencia,
que la ignorancia descubre
Sancho Panza, y él encubre
la fuerza de la ignorancia.

Creo que no es necesario
decirte, lector sincero,
que á Sancho yo lo prefiero,
no cual Panza de empresario,
sino como charcutero.

A la vista de un nuevo escándalo

Avisamos birriá, que dicen los chicos.
Anunciar un nuevo escándalo, un próximo atropello, no producirá seguramente ninguna sorpresa á los tolerantes aficionados hechos ya á bragas más desahogaditas.
Dime con quién andas y te diré quién eres...

La Diputación provincial, la Excm. señora Diputación, como decía en un oficio un alcalde de lo más pedáneo, prepara una corrida de Beneficencia con ocho toros de Miura, y Fuentes, Bombita, Lagartijo y Machaquito. Y ahora entra lo del cartucho. Una expresiva nota del cartel dice: **que en el caso de no poder tomar parte algunos de los diestros anunciados serán sustituidos por otros del abono, sin que el público tenga derecho á la devolución de los billetes.** ¿Qué les parece á ustedes de la ventajita que tira á los abonados la Diputación?

Todo el mundo sabe que Fuentes no toreará—y la Corporación provincial también—en esa corrida, pues ya tiene comprometida la fecha en Oporto, y que Machaquito no estará aún en condiciones, y á sabiendas la Diputación oculta la verdad. Digamos con el poeta:

*Esto Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo.*

¡Ande el movimiento, queridos próceres!

HERRADERO

Nos proponemos desentrañar algo que dicen ocurrió en la cesión de la Plaza de Toros para la corrida á beneficio de la Asociación de la Prensa.

Si nuestros queridos colegas no han querido hablar de este asunto, por razones de delicadeza fáciles de comprender, lo haremos nosotros.

Aunque alguien nos diga que este DON JACINTO es un Don Quijote, que se ha convertido; pues ahora la emprende contra todo Cristo, con lo cual hacemos lo que prometimos.

El miércoles, de madrugada, se escaparon tres toros al ser conducidos desde la Plaza á los pastos de la Muñoza.

Los bichos eran de Pérez de la Concha, ó del empresario, si este los había pagado ya. ¿Y por qué se fugaron los susodichos toros, si iban camino del pienso? Eso pienso yo.

Ya lo apuntaba un colega, al decir que estos tres bichos se escaparon temerosos de que tornaran al circo, para sucumbir á manos de Fuentes y Lagartijo.

Los toros, por el camino, con toda su mansedumbre, cometieron la mar de tropeñas, que la prensa ha relatado minuciosamente, y no hay para qué repetir. Uno de los infelices toros, que se hallaba pastando tranquilamente, fué muerto por la Guardia civil de diez y siete tiros.

¡Diez y siete tiros!
—habrá dicho Fuentes.—
Pues yo no he pinchado diez y siete veces.
Mas si se repiten percances como ese, cualquiera la lleva de sobresaliente.

En vista del tremendo fracaso de Fuentes, y ante un dudoso desquite, la empresa de la plaza, que llama á toda puerta donde puede sacar provecho, acudió al paño de lágrimas de Bombita, sin acordarse de desaires anteriores.

Y el buen Bombita, que sabe más de lo que le han enseñado, contestó en estos lacónicos y expresivos renglones:

«Va muy adelantada la temporada y tengo todas las combinaciones hechas.»

Lo cual vino á ser un diálogo como aquel del poeta y del impertinente:

—¿De dónde vienes y adonde vas?
¿Cómo te llamas y como estás?
—De Triana vengo y á Triana iré.
Me llamo Torres y estoy muy bien.

Machaquito, el joven del automóvil, está lesionado, y con este motivo no puede torear; pero si cobra á la empresa tres corridas seguidas, y las que vengan.

Con todo esto, la empresa está que se sube por las paredes.

Y entre pagar lo que le debe á Manolito Sáez, ó no pagar á nadie, ha optado por sacarse la espina del chauffeur taurino.

Pero, ¿cómo?
Ahí está la dificultad.

¿Suprimir á Machaquito, y precisamente ahora que está manco, cual Cervantes, y, por lo tanto, está en moda?

Una de las manifestaciones artísticas de mayor gusto y mérito para el Centenario que va á solemnizarse en estos días, es la preciosa colección de postales Quijote que, en colores, imitación al estampado antiguo, acaba de publicar la casa A. Pérez Asensio.

Dichas tarjetas representan los episodios más salientes de la obra del inmortal Cervantes, y según la opinión de ilustres ateneístas de Madrid, en ninguna otra lámina de las conocidas se reproduce con mayor fidelidad el tipo del D. Quijote soñado por Cervantes.

Estas láminas están tomadas del único ejemplar que existe de la edición quemada por la Inquisición en el siglo XVII.

El precio de la colección, que consta de diez tarjetas, es el de una peseta, franco de porte en toda España.

Los pedidos, acompañados de su importe, pueden hacerse á la casa A. Pérez Asensio, Pizarro, 16, Madrid. También se hallan en todas las librerías y sitios destinados á la venta de postales.

Se encuentra en Madrid el veterano espadador Hermosilla, muy próximo el hombre á la celebración de su centenario.



La corrida del Centenario

Seis toros de Aleas. — Matadores: Quinito, Lagartijo y Lagartijillo chico.

—Bueno, ¿y qué hago yo ahora? ¿Quién me indemniza?
—¿De qué?

—De la de ayer tarde. Calcule que mi verenda persona, que de cuando en cuando gusta de cierto solaz y esparcimiento, se entregó muy de mañana á una juergueta pacífica, con su mija de becerrada, en la plaza de la China.

La empresa de un teatro de esta corte, donde se cultiva el tango dislocante y el couplet sugestivo, se sintió rumbosa é invitó á sus amigos á un día de recreo. ¡Vaya un percal femenino! ¡Canela en polvo y sal molida! Sobre todo una morena que me tocó en la kermesse, que, ¡vaya con Dios! Algo así como un terremoto. Bien criada,

de trapío y voluntariosa en el primer tercio. Bueno, pues abandone usted á esa criatura, á los amigos cariñosos, dando un gollete á la alegría, y váyase á la Plaza de Madrid á tirar de revista con un espectáculo como el de ayer.

—¿De modo que la del centenario?

—¡Adacadabrante, como se dice en giro modernista! ¡Por ahí sí que no vamos al centenario de la fiesta, ni mucho menos!

—¡Si que el programita!... ¡Aleas, Quinito, Lagartijo y Lagartijillo chico!

—No vimos otra cosa que un toro superior, el primero; dos regulares y tres buenos, todos, eso sí, buenos mozos, y, naturalmente, siendo de Colmenar, de un mismo pelo.

—De modo que el primer Aleas...

—¡Magnífico! No me quedo corto si le aseguro que fué el mejor toro de lo que va de temporada. Manolito Aleas, que es un buen aficionado, ya se conoce que cuida de la onza. Los otros hubieran dado más juego si la lidia hubiese sido mejor, aunque justo es advertir que el molestísimo viento dificultó mucho las faenas.

—Y nuestro gran Quinito?

—Por la de ayer, podemos clasificarle en primera clase. Mucho bregó el hombre y con inteligencia—á cada cual lo suyo,—estuvo cerca y confiado en sus dos toros, que mató de dos medias estocadas buenas, á media por barba, y aunque al muletear no paró mucho que digamos, el hecho de arriarse con alguna decisión en estos tiempos, es muy de agradecer.

—¿Y del joven Rafael Molina?

—¡Ah, ese es otro cantar! Buena pareja hace con Fuentes, para venderla así en uno de esos martillos en pública subasta. Apático, sin ángel, á su primero le dió un soberbio bajonazo, juyéndose la criatura indecorosamente, y el otro que le correspondió... espere usted, vamos á contarlos... uno, dos... ¡cuatro! y una estocada baja y delantera, todo sin meterse y sin hacer por la vergüenza. El toro algo quedao, eso sí; pero mucho más quedao el diestro. Bronca de la de centenario y orfeones más ó menos. Clavés de ¿que se vaya!

—¿Vamos, un primor.

—De Lagartijillo chico no hablemos; es un modesto novillero nada más, con vistas al suicidio. ¡Esa es la fruta que dan las alternativas tempranas! En el tercero, vea usted: un pinchazo sin meterse, otro pinchazo de la misma categoría y con pánico, un sablazó sin quererlo ni ver y otro tirando á asesinar, después de sufrir en la faena de muleta, ó cosa parecida, dos achuchones. En el sexto dió una buena media estocada, un pinchazo volviendo la cara y saliendo alcanzado y suspendido, pero ¡viva la Providencia!, no ocurrió nada y terminó con un estoconazo.

—¿Con que ahora dígame usted si tengo ó no razón para lamentarme!

—¡Sí que hace falta paciencia!

—¡Y saliva, querido amigo!

—Los toros tomaron veintiocho varas y dejaron en plena orfandad á siete caballos; de los de á pie, no digamos que digamos... pero tampoco digamos que digamos. Chano agarró dos buenas varas.

—Pues que le sea á usted leve la del centenario.

ANDANA

... y vamos viviendo

Los abonados á las cinco primeras corridas no tienen, por lo visto, derecho á la de Beneficencia, aun cuando ésta se incluyó en el primer abono—y el hecho es bien elocuente;—hoy comienza el plazo para la renovación del mismo, y para ello hay que presentar el recibo. La renovación de los antiguos abonados termina el miércoles, y la venta de billetes para la de Beneficencia comienza el jueves.

¿Es elocuente esto?

Tal absurdo y tamaño abuso no tienen precedentes. ¡Respétense los derechos de los abonados y basta de farsas, señor empresario, y ponga coto á esto, Sr. Gobernador!, y no dé oídos á ciertas personas muy allegadas á V. E., que á su vez viven en la mayor intimidad con el arrendatario del taurino circo.

Se continuará.

DON JACINTO

España y Portugal.

Por toda la temporada. 5 pesetas.

Unión postal.

Por toda la temporada. 10 »

Número suelto. 10 céntimos.

Idem atrasado. 25 »

Por lo que luego respondieron á las preguntas de la autoridad, se puso en claro que ni el zapatero ni la cacharrera habían ido nunca á los toros ni sabían lo que era una corrida.

En cuanto al ciego, aseguraba firmemente que pa él valía el Gordo como uno, y el Tato como cinco, y que allá el público se las arreglase con ellos.

Y aunque hubiera venido toda Sevilla á decirle que Antonio Carmona era la gloria del toro y el otro un suicida que vaciaba los toros con el cuerpo, él hubiera replicado con su práctica filosofía:

—Ná, que no me convencen: el de los cinco duros es el mejor.

PASCUAL MILLÁN

MISCELANEA DE PUNTAS

Día 3 de Mayo.

De Figueras nos avisa Chanela, el corresponsal, que Algabeño estuvo bien; Guerrerito, regular; Chicuelo á la misma altura, y... que no sucedió más.

PUERTOLLANO

De Anastasio Martín fueron los toros, que hicieron una regular pelea; Minuto y Morenito torearon, obteniendo los dos palmas y brevas. ¡Está visto, que sólo en las provincias hacen hoy los toreros cosas buenas! ¿Si será que los toros complacientes son mejor educados por ahí fuera?

Día 4.

Con los mismos espadas, y con toros de Andrade, nos dan otra corrida que más desigual sale. Los toros fueron bueyes. Toreando y con el sable no estuvo Enrique Vargas como en la primer tarde. El joven de Algeciras, discreto en lo que cabe, matando tuvo suerte; de lo otro no se hable, que de torero el hombre no tiene ni un adarme.

DESDE ARACENA

Día 4.

De Adalid, hoy de Andrade, fueron los toros, mansurrones y blandos como ellos solos. Y Bonarillo salió, como Parrao, del compromiso.

EL DESASTRE DE JEREZ

Saltillos, pequeños, blandos y mansurrones. Fuentes, desastroso; Lagartijo, deplorable.

¡Vaya calor!

La del Dos de Mayo en Madrid

Poquitas palabras, que la cosa no da para más, y como decía aquel:

¡Buenas fueron las máscaras!
¡Hay fechas aciagas é indudablemente sugestivas y fashionables!

Para Fuentes, el Dos de Mayo debe ser algo así como mentarle la bicha. ¡Cómo estuvo el hombre! ¡Sedán y Port-Arthur son dos inocentes pasatiempos, en comparación á la débacle del diestro sevillano! Sobre su reputación y sobre su vergüenza torera se desplomaron todas las bovedillas de los depósitos conocidos. ¡Qué faenas! ¡Qué pinchar sin cuento! ¡Qué modo de najarse! Corramos un velo, ó mejor la toalla crema que estrenaba el hombre para enjugarse el sudor de su frente. Vemos en no muy lejana fecha una coleta que hace mutis, y la verdad, si Fuentes continúa así, tan lamentablemente como en Sevilla y en las dos corridas que le hemos visto en nuestra plaza, bien hará en colocar su apéndice taurino en un frasco de alcohol, para prudente ejemplo de las sucesivas generaciones de maletas que se nos vienen á más andar.

Lagartijo estuvo breve y más decidido que de costumbre en dos de sus toros, que mató bien, aunque sin arrojos decorativos. En el último... borrón y cuenta nueva.

Los toros blandos y huidos, á excepción del segundo, berrendo y bravo. Hubo tres jaboneros. De presentación bien, aunque inferiores á los Pérez de la Concha, sus hermanos de la primera de abono.

De lo demás tampoco vale la pena de hacer memoria.

Total, que nos aburrimos, y hubo quien echó de menos el más.

ANDANA.

LA ÚLTIMA AVENTURA DE DON QUIJOTE



«—Mire vuestra merced—respondió Sancho,—que aquellos que allí se parecen, no son toreros ni cosa que le valga, y que me va á destrozar el abono.» (Cap. VIII de *Don Quijote*.)